



SEXTA VISION

Aquellas criaturas, cada una de las cuales era la vida, el mundo entero para la otra, proseguían día tras día su vagabunda marcha, teniendo abierto ante sus pasos toda la tierra y trazando en ella su ruta sin más fin ni objeto que el amor. En su presurosa marcha parecía guiarles únicamente el deseo de borrar hasta el recuerdo de sus primeros tiranos, y buscando por instinto los climas más templados, se encaminaban en dirección de los mares donde nace el día. Habían oído decir que en aquellos campos de la aurora crecían mil frutos desconocidos, que los perfumes más suaves de cuantos embalsaman los cielos comunicaban al aire mismo un gusto delicioso, que de las peñas chorreaba el néctar de las abejas y que un ave celestial recreaba los oídos con su armonioso canto.

»Nos detendremos, decían, en los sitios en que la felicidad es más sabrosa; en esas riberas en que el ave azul se posa; domesticaremos las gacelas recién nacidas para que jueguen en la hojarasca con nuestros gemelos; subiremos á los árboles para robar nidos; tendremos por morada una gruta de mármol que nos preserve de las inclemencias del cielo, ó el robusto tronco de un árbol, cuyas largas ramas replegadas sobre sus costados cubran sus pies con su cabelluda copa; seremos bondadosos con todos, y para que todos nos amen, nos llevaremos bien hasta con los mismos leones, con el ave del

aire y con el insecto de los campos, pero con el hombre ¡oh no! porque los hombres son malos!»

Forjándose tan risueñas ilusiones, seguían avanzando con ligero paso, semejante al vuelo de la esperanza, aunque durante su fuga se detenían con frecuencia.

A veces los duros guijarros ó las plantas espinosas ensangrentaban los piés de Daidha, que enlazaba entónces sus brazos al cuello de su esposo, el cual la conducía sin moderar su marcha; llevando en un hombro sus dos hijos y en el otro la madre, dulce y ligera carga que constituía toda su felicidad, y abrazado á su vez por aquellos tres séres cuyo apoyo era, creía llevar el universo entero consigo! Y Daidha, acariciando su rostro, enjugaba con sus blandas trenzas el sudor que le inundaba.

Otras veces atravesábase en su camino una roca que daba á un profundo barranco, irguiéndose como un muro con un abismo en el fondo que se abría á sus piés; si por casualidad no había algunos árboles tumbados que vinieran á formar sobre él un arco, Cedar dejaba junto al borde á la madre con los hijos, bajaba al barranco para reconocer si sería posible atravesarlo, y luego, afianzando los piés en cualquier grieta, levantaba los brazos desde el fondo del precipicio; recibía de manos de Daidha el niño que ésta le alargaba desde arriba, y en seguida lo bajaba al fondo, lo reclinaba entre las flores y volvía á subir por su hermano: prestaba su hombro á la madre para que descendiera á su vez, y cuando llegaban felizmente todos al fondo del barranco, suspendíase de la pared opuesta, formaba con sus brazos una escala movable, y dejaba en lo alto al niño que su esposa le entregaba.

Cuando en otras ocasiones un río ó un torrente oponía á sus pasos su corriente impetuosa, Cedar lo pasaba á nado, desenrollaba nadando el bejuco ó la enredadera silvestre de algún árbol de la orilla, y cual si fuera un recio cable lo anudaba por el extremo á un tronco de la otra orilla: el bejuco, tendido sobre las espumosas aguas, ofrecía á Daidha un medio de pasar: Cedar entónces volviendo atrás y tomando á un

niño en sus brazos, le trazaba el camino de nudo en nudo, y ella le seguía llevando sobre su cabeza el segundo niño tembloroso y lleno de espuma, y al llegar todos á la orilla opuesta, se ponían al sol como un bando de blancas aves que secan sus alas á los rayos del rey de los astros.

Cierta noche en que, sucumbiendo á tanta fatiga, descansaban en el fondo de las soledades, Cedar, cuyo amoroso celo hacía que se despertara al más leve rumor, oyó como un resuello y pasos silenciosos; incorporóse sobre un codo y se puso á escuchar sin moverse; aquellos pasos parecían buscar el camino del sitio en que estaban guarecidos; una respiración jadeante, que se acercaba por momentos, hizo que se le erizaran de horror los cabellos, creyendo que algún hambriento leoncillo acudía á devorar á sus hijos en el seno de su esposa. Dió un grito: respondióle un aullido lúgubre; el animal se precipitó á sus piés de un solo salto; el follaje era espeso, la noche oscura y Cedar vió una sombra que se levantaba á la altura de su cuerpo. Lanzóse al encuentro de aquel león erguido y le recibió oprimiéndole entre sus férreos brazos; sin que su corazón desfalleciese, sintió en el pecho el marfil de sus dientes y su caliente resuello, y buscando la lengua del animal que quería lamer toda su sangre, le hundió un brazo en las fauces: la fiera cayó ahogada, exhalando un solo aullido tierno y melancólico, mientras Daidha, cubriendo á sus hijos con su cuerpo, se sintió llena de turbación al oír aquel acento de muerte. Acercóse á Cedar buscando en su brazo los mordiscos del animal, pero no vió en él la menor gota de sangre; el león que el jóven había derribado á sus plantas, en vez de destrozarle, parecía haberle lamido.

El sueño cerró al fin los párpados de entrambos. Cuando abrieron los ojos á la luz y buscaron al vencido enemigo, escapóse al verlo un solo grito de sus pechos: los esposos consternados, tristes, se miraron mutuamente, y sus miradas se impregnaron de melancólico enternecimiento; aquel león, que creyeron tan sediento de su sangre, era el perro de los rebaños de Cedar; era el compañero voluntario de su cauti-

vidad, el único amigo que tuvo largo tiempo sobre la tierra, que acariciaba á Daidha y que lamia á sus gemelos.

Cuando el fiel animal vió á su amo precipitado al rio, corrió largo tiempo por la orilla para dar con su cuerpo, pero dejado atrás muy en breve por las rápidas ondas, fué siguiendo el curso de las aguas lanzando aullidos de desesperacion, respondidos por el eco, hasta el arenal en que se deshacian las olas del mar; habia cruzado la desembocadura á nado, y encontrando por fin en el limo pisoteado la planta de un hombre recién estampada en la arena, emprendió de nuevo su carrera, olfateando por todas partes; y perdiendo y encontrando cien veces la misma pista, y pasando por delante de la tribu sin olfatear, y sin haber apagado siquiera la sed en las mismas aguas, habia volado al encuentro de su amo para morir á sus manos, víctima de su amorosa fidelidad!

¡Con cuanto placer hubiera derramado Cedar parte de su sangre con tal que su impotente aliento pudiera reanimar aquel cuerpo! ¡Qué lágrimas tan amargas corrieron de sus tristes ojos! ¡Cuanto maldijo Daidha aquel lamentable error! ¡Cuántas veces besaron y acariciaron ambos el largo y enlodado pelaje del animal! ¡Sufre tanto nuestro corazon por la pérdida de quien nos amó! Pero castigarle por amar.... matarle uno mismo! El amor es un bien tan inmenso para el corazon de los mortales, que ni puede resignarse á perder el de un perro sin que de él mane sangre!

Abrieronle una tumba al pié de un sicomoro, y al partirse de allí volvieron cien veces el rostro; aplicaron á aquel sitio un nombre querido y fúnebre y aquel dia fué para ellos lamentable como un adios postrero!

Doce soles habian dorado ya las nubes desde que avanzaban por playas desconocidas; habian bajado hasta la orilla del mar, gustado la sal amarga de sus olas, y extendiendo sus miradas por el anchuroso desierto líquido, tomado aquel rio sin orillas por el confin del mundo. Caminaban por esa costa de graciosos contornos, en que mil años despues descollaron

las torres que ciñeron á Tiro. Las olas jugueteaban en su solitario promontorio, cual blancos corderos que triscan en la era ántes de la cosecha: ¡ambos amantes iban hollando con sus plantas aquellos gérmenes de ciudades que andando el tiempo habian de multiplicarse tanto, sin poder presumir que algun dia surgieran de aquellos arenales, á una seña de Dios, innumerables pueblos!

Sus atónitas miradas contemplaban aquella agua sin fin, recreándose en andar por la finísima y dorada arena que las olas, rizadas por las brisas de la aurora, mullian aun más para ofrecer blando asiento á sus fatigados piés. Aquellas palpitations del mar en su lecho, aquel movimiento sin tregua de un elemento que vive, las flotantes imágenes de la ribera pintadas en las aguas, los sonoros gemidos de aquellas playas, los misterios del fondo del piélagos que la mirada puede penetrar, todo, en fin, parecia hablar á sus sentidos enajenados, y con el corazon lleno de armoniosos acordes que sus oidos halagados escuchaban, iban por sus orillas descuidando su camino. Los saltos desordenados del movedizo abismo, los grandes choques del mar á los embates del viento, no habian formado aun esos espacios áridos que hoy vemos entre la aterciopelada yerba y las límpidas olas; ántes al contrario, las mansas y adormecidas ondas y el compacto follaje se juntaban en la arena y se besaban en paz. El árbol bañaba sus piés en la espuma de las playas, prestando grata sombra á las tibias olas, y la pareja viajera disfrutaba á la vez del doble atractivo del mar y de los bosques.

Ya, semejante á una torre abrumada por su propio peso, descollaba ante ellos el monte Carmelo que parecia hundirse al gravitar sobre su base, y su promontorio resonante penetraba como un muro en el mar oscureciendo su céruleo color; enormes peñas desprendidas de su empinada vertiente, saltando sobre su grupa, habian rodado desde la cima, y lanzadas al despeñarse hasta el seno de las olas, formaban en torno del cabo otros cabos más avanzados; las mugidoras olas deshacian contra ellos cual leve polvo sus espumas sin fin

sembradas por las brisas, y á la manera de hirviente vasija, cubrian y descubrian con sus hervores las espumantes peñas. En medio de aquella tempestad perpetua, una águila trazaba raudos giros, y sus alas sombreaban el rostro de Cedar y el de Daidha al pasar cerca de ellos. La montaña parecia difícil ó más bien imposible de franquear, siendo menester, ó pasar al través de aquellos escollos, ó rodearla; pero se extendia por el interior de las tierras á tan larga distancia, que su azulada línea, interceptando los cielos, por todas partes presentaba el mismo obstáculo á sus ojos.

Los jóvenes fugitivos, á fin de tentar aquel paso sin exposicion de las prendas de sus entrañas, quisieron primeramente avanzar solos por las olas. Colocaron á los dos hermanitos en el corazon de una palmera que parecia mecerlos, y á suficiente altura para que el chacal no los olfateara desde el suelo. Al inclinar el joven y flexible árbol, besaron dos veces á los sonrientes niños, y soltaron en seguida el tronco cuya copa cobijó en los aires á la hermosa pareja.

Cedar y Daidha avanzaron entónces por la húmeda cornisa entre el mar y las peñas, unas veces pasando á pié enjuto por la arena y otras por los torrentes levantados por las olas, envueltos ambos en torbellinos de espuma y arrojados por los continuos embates de las aguas. Cedar, aferrándose á los peñascos con una mano, enlazaba con el otro brazo á su compañera temeroso de que, al retirarse la oleada, arrebataste á su amor el mugiente abismo. Las olas, extendiéndose sobre ellos por momentos como blanco lienzo, los cubrian con su velo, y desgarrándose luégo en las rocas el verde tejido de las aguas caia en jirones sobre sus empapados cuerpos. Para poder dar un paso por aquel terreno accidentado, espiaban el intervalo que mediaba entre dos oleadas: su muerte ó su salvacion dependia de su golpe de vista, y finalmente, pasando de abismo en abismo, de escollo en escollo, unas veces andando por el fondo y otras á nado, consiguieron doblar el cabo, y vieron la otra playa que ostentaba á los rayos del sol hasta perderse de vista su bronceada verdura bañada por las tibias olas.

Dando gracias desde el fondo de su corazon á no sé qué Dios, ambos amantes llenos de alegría retrocedieron por el mismo camino; y Cedar, llegando apenas el primero, dobló la palmera para recoger los niños. Ya Daidha irguiéndose los llenaba de besos en su imaginacion, y empinándose cuanto podia y alargando los brazos, aguardaba que Cedar los devolviera á su amante seno, cuando al bajar el tronco del árbol al nivel de los ojos, helóse todo su sangre y su rostro se cubrió de mortal pelidez: ¡ los niños no estaban ya en el corazon de la palmera! Los dos esposos llenaron el aire con sus lamentos; ocurriéronseles mil encontradas y confusas ideas y se pusieron á registrar con insensato afan todos los árboles de alrededor; á la manera de dos cazadores de pájaros, subian á los troncos, introduciendo sus cabezas en lo más denso del follaje; hacianse la ilusion de que se equivocaban de árbol y que la palmera que estaban registrando no era la que buscaban, cuando un grito de angustia que resonó de pronto en los cielos les hizo levantar la vista hácia la cresta de las rocas. El águila que poco antes trazaba raudos círculos sobre el abismo, hendia á la sazón el aire con vuelo sublime y sosegado; sus anchurosas alas extendidas con movimiento apenas perceptible les ocultaban con su sombra una pequeña porcion del firmamento, y á la manera de un globo que remonta en pos suyo la barquilla, el ave sostenia en equilibrio un bulto bajo su ala y se cernia en el espacio sujetando con sus triunfadoras garras al menor de los niños,

Temiendo Daidha que si exhalaba un grito de espanto, el águila abriera sus garras estrellando en el suelo á la inocente criatura ahogó su lamento en el fondo de su corazon, contentándose con designar con el dedo á Cedar al ave voladora. Viéronla dirigirse hácia la inmensa boca de un antro que coronaba el circuito del cabo, y penetrar en aquel sombrío recinto con su adorada carga, sin plegar siquiera las alas. El alma de los dos esposos voló al punto hácia el antro envuelta en un grito supremo, y así como cuando estalla un incendio se ve á una joven esposa librada de la muerte por la solici-

tud del esposo, reunir temblando á sus hijuelos en torno suyo, y si echa de ménos alguno, lanzarse desolada, ántes de abrir la boca ó de reflexionar siquiera lo que va á hacer, en su vivienda presa de las llamas, coger el hierro hecho ascua por donde corre el plomo derretido, subir por la escalera que se derrumba bajo sus plantas y llegando hasta la humeante techumbre, á la que ni el hombre ha osado acercarse, poner en salvo á su hijo ó perecer con él, así tambien la atribulada Daidha se lanza en pos de Cedar, sin pensar lo que hace ni titubear un punto. En vano es que el promontorio oponga su áspera pendiente á su maternal impulso; sus firmes piés competirían entónces con los de la gamuza ó el alce; creeriase que su corazon los eleva hácia el cielo; ambos esposos pasan de cornisa en cornisa cual fantásticos espectros, sin detenerse un solo instante á cobrar aliento y sin que sientan cómo se les desgarran las manos contra las agudas peñas: su mirada fija únicamente en la cima, no advierte que el abismo se profundiza á sus piés, y agarrándose unas veces á las, plantas, y buscando otras un apoyo en las paredes de las rocas, flotan balanceados como la yerba por la brisa á los embates del viento marino que se rompe contra el promontorio.

Mas en la cumbre de las rocas, á la que consiguen llegar despues de penosos esfuerzos, la pendiente se suaviza; un terreno lleno de finísimo musgo se desarrolla ante ellos entre dos cintos de rocas, circulando por él cristalinos y sinuosos arroyuelos, y debajo de la enorme peña de donde se precipitan estos arroyos, aparece la anchurosa arcada de una caverna. Corren allá jadeantes, penetran bajo la roca; un águila descomunal se remonta á los aires al verlos llegar, siendo tal el viento que recoge con sus alas que los precipita al suelo sin vista y sin aliento. Pero el corazon de una madre, que tiembla por lo que ama, combatiría en las nubes con el mismo rayo.

Una vez dentro de la caverna, dirigieron una mirada al fondo, prorumpiendo en un grito que fué respondido por otro: Daidha, sintiéndose desfallecer de súbita alegría, acababa de

ver á sus dos hijos, y sin embargo, retrocedió á su vista! Despues de buscar y encontrar á los dos gemelos arrojando la muerte, ¿ qué mano poderosa detenía sus pasos? ¿ Quién clavaba su alma y sus piés á la entrada? ¿ Por qué espiraba la voz en sus labios? ¿ Qué les hacia titubear de aquel modo?... Una mirada.

En el fondo de la caverna estaba un hombre, un hermoso anciano teniendo sobre sus rodillas, como una tierna madre, los dos gemelos arrebatados por el águila, y entreteniéndose en exprimir en sus labios el ámbar de las doradas manzanas que acababa de mondar: los dos niños chupaban las gotas que corrían, apartando con sus manecitas la nevada cabellera del buen viejo, y aquel dulce alimento, la suave voz y las sonrisas de éste habian logrado acallar sus gritos de terror.

Aquel anciano no tenia el aspecto rudo y salvaje de los hombres que hasta entónces habia visto Cedar; no se advertia en él esa frente estrecha y comprimida por un instinto brutal, esos ojos que despedían chispas ó cuyo brillo apagaba la astucia, esa boca acerada ó esos abultados labios en los que vibra la injuria ó se apacienta la lascivia; sus miembros no presentaban esa musculatura robusta y fuerte, sávia ardiente de los sentidos que hace vegetar el cuerpo; las uñas de sus manos no estaban afiladas, como las de los animales carnívoros, para escarbar el suelo; ni se advertia en su mirada ese desden menospreciador que con su desvergonzada procacidad pudiera ofender la mirada ajena. Su frente, ancha y despejada, parecia sobresalir para contener elevados pensamientos: la edad habia agrandado la órbita de sus ojos, de los que brotaban destellos suaves como los de la alborada; la llama, pura y sostenida, de su mirada pensativa, no brotaba de su alma cual encendida ascua, ántes bien la reflexion la templaba un tanto como templa el calor la mano que se pone entre el ojo y el fuego. Sus labios, entreabiertos por su acompasada respiracion, apénas se encorvaban sobre sus ebúrneos dientes, y la suave inflexion del pliegue formado por aquellos, contribuía á suavizar su varonil expresion, echándose de ver que

ni el orgullo ni la injuria feroz habian arrugado jamás aquella boca, sino que aquel soplo sereno, exhalado por su aliento, daba paso á su alma ántes que hablara. Su piel parecia teñida de los matices de las pálidas azucenas, la inteligencia augusta animaba sus facciones varoniles, y así como la piedra y los martillos, al forjar la herramienta, aguzan los metales para emplearlos en más importante obra, así tambien se veian en sus facciones surcadas de ideas las huellas que éstas habian impreso al pasar: el tiempo habia escrito en sus inflexiones el esfuerzo misterioso del trabajo de la imaginacion, y el alma difundia por ellas su sombra en mil reflejos.

Los amantes, que eran todavía muy jóvenes, que sólo tenían una idea y una pasión, contemplaban absortos la santa expresión del anciano, y las múltiples arrugas de aquella frente pensativa los llenaba de respeto, de sorpresa y de temor. Al ver colorarse la tez de aquel hombre, á la sazón meditabundo y pensativo, creian ver pasar mil espíritus por su rostro iluminado por el brillo de sus ojos, y temiendo lo invisible y no osando acercarse á él, permanecian sentados á la entrada en una piedra.

El buen viejo tenía á los gemelos jugando sobre sus rodillas, y los habia abrigado con el resto de un rico manto cuyos purpúreos jirones rodeaban su cintura; contemplaba á los niños con dulce y melancólica mirada, y al ver á sus padres silenciosos y llenos de respeto, situados á respetuosa distancia uno junto á otro, les dijo:

—¡Pobres jóvenes! venid, ved y tocad! Bellísima hija de Eva, y tú, hombre, acercaos! ¿Son vuestros estos niños? ¡Que se los vuelva á llevar el águila!

Al oír estas palabras, corrió Daidha hácia sus hijos con los brazos abiertos, llamando á Cedar para que la socorriera; mas el viejo, acercando sus boquitas á los pechos de su madre, los depositó en el seno de ésta, como dos tortolillas, mientras Daidha regaba las manos del anciano con su llanto y Cedar se postraba ante él para adorarle!

Ni uno ni otro se atrevian á alzar la voz en su presencia.

«Es un dios, decian entre sí; sí, es un dios mas fuerte y mejor que nuestros dioses; habitante de esta roca, su cuerpo cuenta tantos años como ella; desde aquí gobierna los montes, las olas y las llanuras; el águila es su mensajera, y el viento su hálito. ¿Qué hará de nosotros? ¿qué nos quiere su espíritu?»

Sin oír estas palabras, el anciano las comprendió:

—Levantaos, jóvenes, les dijo; ¡mis ojos leen en vuestros ojos lo que piensan vuestras almas! Mirad: no soy más que un dios de carne y hueso; un hombre como vosotros, á quien podeis tocar; un gusano que vive en esta soledad, y que, decrepito ya, se encamina á la muerte. ¡Que me extermine la terrible venganza del solo Dios viviente si yo os engañara, si valiéndome de la duda en que os sume mi aspecto, permitiera que vuestros espíritus adorasen una mentira!... Y vosotros ¡pobres seres! tan temblorosos y desnudos, hijos errantes del desierto, raza de facciones desconocidas, cualquiera que sea el nombre que lleve vuestra tribu, ¿quienes sois? ¿hablais la palabra humana? Mis ojos no han visto jamás, oh hermosos jóvenes, corazones tan candorosos bajo tan dulces facciones. ¿Acaso oculta Jehovah en algun otro lugar de la naturaleza alguna gota pura todavía de la fuente del Eden? Hablad, ¿de dónde venis? A dónde dirigis vuestros pasos? ¿Sois mortales ó ángeles de la tierra? ¿Una aparición de inocencia desterrada? ¿Una sonrisa del mundo ántes de su agonía? Hablad, no temais nada; el hombre del cielo es bueno: Dios sea en vuestra boca y en mis ojos su nombre.

Tranquilizados por aquella voz, tan llená de ternura que cada una de sus inflexiones parecia una caricia, los dos jóvenes se acercaron al anciano, y aventurándose á fijar de vez en cuando una mirada en su rostro, animándose uno á otro al considerar su divina sonrisa, y respondiendo alternativamente, acabaron por decirselo todo. El buen viejo atento á sus palabras, lo comprendió todo, excepto lo que atañia al origen de Cedar; creyó que era fruto de alguna unión miste-

riosa, amamantado en los bosques con adúltera leche. El conmovedor relato de los jóvenes les captó sus simpatías y excitó su compasión, haciendo que alguna vez brotaran de sus ojos algunas lágrimas que, surcando su mejilla, caían al suelo. Al verlas Daidha brillar sobre el musgo, decía para sí: «¡Puesto que llora, es bueno! No reducirá á la esclavitud á Cedar; á lo ménos nos recibirá á los dos como esclavos suyos.» Y estrechando furtivamente á sus hijos contra su corazón, les enviaba mil besos.

Entre tanto el anciano parecía abismado en sus reflexiones, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, hasta que, le vantándola, dijo á los amantes:

—Enamorada é inocente pareja, consagrada con vuestra presencia mi agreste morada. El que hace germinar la yerba que ha de pastar el cordero os trae aquí sin duda para que le conozcais: vosotros llenareis de júbilo y de amor este hermoso sitio, y puesto que Dios tan sólo falta á vuestros corazones, yo os enseñaré á conocer á Dios!

Y tomando de la mano á la bella criatura que se enjugaba los piés con su cabellera, la condujo seguida de su esposo á un risueño jardín, á la manera que Dios condujo á nuestros primeros padres por los verjeles del Eden. Era un terreno que formaba pendiente á un lado de la montaña desde el cual se dominaba con la vista el mar y la llanura, y que la roca, cortada como un enhiesto baluarte, ceñía en derredor con su muro de granito. Una fuente, cayendo desde una gruta profunda, destilaba allí sus ondas sobre las flores, y humedeciendo la matizada alfombra del suelo, corría un poco más abajo á mitigar la sed de los prados, y al ensanchar su fresco chorro, se la oía cantar cual canta un bando de alondras entre las yerbas. Todos los hermosos animales amigos del hombre bebían allí ó dormitaban en tendidos grupos. Millares de aves, de voz y plumajes variados, cantaban bajo la enramada á porfía con las ondas, y una profusa variedad de frutos de formas y tamaños desconocidos llenaba el ambiente de exquisitos aromas.

Cedar y Daidha, aquellos hijos de la naturaleza, contemplaban por primera vez el cultivo de la tierra, y veían los tesoros infinitos de los bosques reunidos en un campo por mano del hombre, como en el festin que se ofrece á un convidado se reúnen los dones de varios países; aquellos frutos, que la raza pastora no cogía sino cuando vagaba por los bosques, hallábanse allí todos juntos al alcance de su mano. Las ramas se doblaban bajo el peso de sus enormes conos; el ingerido había duplicado sus formas y sabores, y Cedar, lleno de admiración á cada paso que daba, no los conocía al ver allí de nuevo sus especies. Ninguna planta parásita enlazaba al azar su infecundo ramaje á sus fértiles ramas; de trecho en trecho crecían aisladas en un campo donde los trigos ondulaban al soplo de la brisa, y cuyas espigas, casi maduras, susurraban en sus tallos como las hojas de oro que un laminador trabaja.

El anciano, triturando con sus dedos el oro del trigo, hizo brotar su jugo como espumosa leche, diciendo á los esposos:

—Esta leche, que suministra la fecunda tierra, es la que nutre en las ciudades á los grandes pueblos del mundo.

Y estrujando el grano bajo la redonda piedra, les explicó las maravillas del pan.

En vez de malezas rastreras, de estériles helechos, brotaban del suelo jugosas hortalizas, la batata, el melon parecido á un enorme fruto desprendido del árbol, la lechuga de acaracoladas hojas, las raíces que se extraen ó las que se cogen; y junto á ellas se veían tendidos en un surco los brillantes hierros de las herramientas que habían servido para cultivarlas. El anciano, cogiendo y enseñándoles aquellas maravillas, les presentaba el melocoton de encarnada pulpa, el higo de melíficas lágrimas, la pera de abundante jugo, invitando á los esposos á que probasen el néctar que manaba de todas aquellas frutas.

Cuando el frugal banquete hubo reanimado sus fuerzas, les dijo:

—Gallardos jóvenes, habitad esta morada; una flor faltaba

en ella, la del casto amor; que Dios la haga crecer en ella cual perfume del corazón! Dormid bajo la higuera ó el sicomoro, comed los frutos de Dios, gustad un dulce sueño, y cuando la alondra haya anunciado con su canto vuestro despertamiento, volveré á veros hijos míos, y á aleccionaros en el santo nombre de Aquel que hace brillar la aurora! ¡Sabreis qué destino me ha traído á este sitio: amad al siervo de Dios, pero no adoreis á nadie sino á Él!

Y así diciendo, el anciano los bendijo con santo ademán: los esposos pasaron el resto del día, que ya se acercaba á su ocaso, hablando en voz baja de aquel espíritu visible, y en esta conversacion los sorprendió el sueño.



SÉPTIMA VISION.

EL PROFETA

Las olas del mar reflejaban en su tornasolada espuma los encendidos arboles de la naciente aurora cuando los jóvenes amantes se despertaron, al sentir su tibia claridad, en el seno de aquellos lugares encantados. Los tigres, los leones, las panteras, las águilas, interrumpiendo las reglas de su feroz instinto y tendidos junto á ellos sobre el espeso musgo, los contemplaban pacíficamente con mirada dulce y tranquila, mientras los niños, besando su pelaje leonado y oscuro, metían sus brazos de leche entre los dientes de marfil de las mansas fieras.

Cedar y Daidha, llenos de asombro, no podían dar crédito á semejante mansedumbre; y al ver cosas tan fuera de lo regular, se creían trasportados en sueños á un mundo ideal. Como el anciano tardaba en llamarlos, dieron algunos pasos por el jardín, pero de modo que apenas se atrevían á apoyar sus piés descalzos en el suelo, enseñándose uno á otro cada objeto con misterioso ademán, y andando con la misma reverencia y silencio con que se anda por las sagradas naves de un templo. El jardín, que formaba un plano inclinado, se escalonaba en grandes terraplenes, y al descender ambos esposos por aquella cuesta de verdura, se hallaron delante de la abertura de la roca. Esta era ancha y tan alta que habrai